

## TARDE XXIV

---

### EL ORGULLO

Es orgullo un vil gusano  
Que hinchado crece y alienta;  
Aire infecto le alimenta,  
Es todo aparente y vano;  
Viste oropeles ufano  
Que la intriga y el amaño  
Le prestaron y el engaño;  
No se conoce á sí mismo,  
Y al fin se hunde en el abismo  
Que él propio abriera en su daño.

El mismo día que marchó Lonchamps, se sintió Palemon indispuesto, agravóse su mal y al fin se declaró una enfermedad peligrosa. Durante ella sus hijos le asistieron con el mayor esmero, y tanto esto como la robusta naturaleza del anciano, le sacaron, por decirlo así, de entre las garras de la muerte. No la temía el buen padre por sí, sino por sus hijos queridos que aun quedaban pequeños y faltábale perfeccionar su educación.

Apénas se vió restablecido, hizo llamar á todos sus hijos, y les dijo: Hijos míos: poco ha faltado para haberos quedado huérfanos: enjugad ya vuestras lágrimas; y pues que recobré la salud, recobrad vosotros también la esperanza y alegría. La enfermedad me ha sugerido unas ideas que debo comunicaros. Si me hubierais perdido, ¿qué habriais hecho? — ¡ Ah papá !... — Hablad.

— Yo, señor, respondió Armando, que entónces me hubiera mirado como cabeza de la familia por mi edad, habria cuidado de mis hermanos, y con la asistencia de nuestros parientes y la de las leyes hubiera procurado que fructificasen todo lo posible los bienes que nos quedasen. — Muy bien, hijo mio: dices que te considerarias como cabeza de la familia; pero el que ha de regirla debe tener un estado del que tú careces: tampoco sabes hacer nada útil á tus semejantes: no has elegido todavía una profesion, y es tiempo de pensar en ello; pues en tu edad ya se debe escoger: en una palabra, es preciso aprender el ejercicio que se ha de abrazar: ea pues, háblame con franqueza, hijo mio, ¿ cuál es el que tú prefieres? — Pero, papá.... — Dí, amigo mio, dile á tu padre cuáles son tus ideas con respecto á esto. — ¿ Me lo permitís? — Y aun te lo mando. — Me parece, pues, que la condicion que algun dia puede elevarnos á los primeros empleos del estado, debe ser preferida á todas. — ¿ Qué quieres decir con eso? — Quiero decir que la magistratura es lo que yo preferiria, porque á cierto tiempo podria proporcionarme el contribuir al gobierno de mi patria, y yo siento una inclinacion dominante hácia el gobierno. — ¡ Hola, hola! ¡ conquie el señor Armando tiene ambicion! — Sin duda que la tengo; y vos mismo me habéis dicho cien veces que un alma grande y elevada debe tenerla. — Un poquito. — Un poquito, ya se vé, porque es menester que cada cual procure ilustrar en cuanto pueda su nacimiento. — ¿ Ilustrar su nacimiento? — ¿ Pues qué, siempre se ha de trabajar en la agricultura? — ¿ Conque tú desprecias á tu padre que toda la vida ha trabajado la tierra? — No digo yo tal; pero si se puede hacer algo mejor.... — ¡ Algo mejor! ¿ y qué se puede hacer mejor que fecundar el suelo que mantiene á nuestros semejantes, y que?... — Esas razones, señor, me parecen muy buenas en filosofia; pero en el comercio de la vida, todas estas bellas máximas son exageradas. El mundo aprecia mas á un togado que á un labrador. — Entendámonos: si por hombre togado entiendes un juez que defiende al oprimido, salva la vida, la fortuna y el honor de las familias, que es el órgano de las leyes, que distribuye la justicia con equidad, recompensa el bien, castiga el crimen y llena en la tierra el ministerio del Ser Supremo, en este caso adoptaria tu opinion; quiero decir, que pondria al hombre togado al nivel del hombre activo y laborioso, que baña con sus sudores la tierra para sacar de ella los dones de la naturaleza: estimaria á los dos igualmente, y los miraria como dos bienhechores de la

humanidad, pero dejemos eso; tú, siendo el mayor de los hermanos, debes administrar las tierras y posesiones que yo he regado con mi sudor por espacio de treinta años. Me parece que no querrás despreciar la memoria de tu padre. — ¿ Qué decís? — La verdad: conozco cuál es la suerte de los padres que educan á sus hijos para un estado que suponen mas elevado que el suyo: el desprecio y abandono, es lo que les espera á la vejez; no me expondré yo á esto: siendo tu condicion igual á la mia, no turbarán nuestra tranquilidad las preocupaciones; el equilibrio de los respetos y atenciones se conservará entre los dos, y al fin gozarás en paz de mis bienes, honrando la memoria de quien te los ha dejado. En cuanto á tus hermanos, son todavía tan niños, que tú ó yo tendremos bastante tiempo para pensar en ellos: esta es mi resolucion, Armando. — Pero, papá, ¿ para qué me habéis hecho aprender lo que puede guiarme á la carrera que os propongo, y ademas el dibujo, las matemáticas, la música y otras mil cosas? — Para que como yo seas instruido: para que disfrutes la estimacion de tus semejantes, y para que no te se hagan extraños los placeres de la vida. ¿ No se pueden cultivar los campos por una persona que reuna mil cualidades brillantes? Á mí me parece que un hombre dotado de tantas gracias que labrase por sí mismo las heredades paternas, sería mucho mas feliz y mas recomendable. — ¿ Pensáis que yo ultrajaria vuestra memoria? — No por cierto, pero conozco el ejemplo del mundo, y sé que el orgullo malogra la índole mas bella... Terminemos esta conversacion: si me amas, seguirás mis consejos, y algun dia me agradecerás el habértelos dado. Hoy hace buen dia, y me siento con bastantes fuerzas para dar un paseo. Acompañadme todos, hijos mios: iremos á comer á casa de un labrador amigo mio, que vive cerca de aquí, hácia los castañares: es un hombre muy rico, y aunque no nos espere, estoy seguro de que nos recibirá muy bien.

Á esta proposicion saltaron de alegría los muchachos, porque hacia mucho tiempo que no habian salido. Solo Armando estaba un poco triste; pensaba en lo que acababa de decirle su padre, y su amor propio se resentia de la condicion que le habian impuesto; pero en breve, estimulado por sus hermanos, recobró su alegría, y partieron todos entregándose á las graciosas extravagancias de su edad. Era muy de ver al anciano apoyándose en su báculo, sostenido del brazo derecho por Armando, del izquierdo por Benito, y detras á Leon, aprovechándose de la conversacion del maestro mas respetable. Adela y Julio caminaban delante,

hablando de su recíproca ternura. Ya hacía tiempo que Palemon había conocido que su hijo adoptivo amaba á Adela mucho mas que á los otros hermanos. Los dos eran casi de una misma edad ; iban á cumplir en breve quince años : ambos se buscaban mutuamente sin cesar, y se prestaban las atenciones mas puras y delicadas. Palemon veía con mucha satisfaccion esta feliz correspondencia ; y deseaba que los muchachos llegasen á amarse verdaderamente : despues veremos el resultado de este amor naciente, y cómo supo su padre contener sus ímpetus, arreglando á la razon sus progresos.

Llegaron á casa del labrador, que los recibió con amigable franqueza : hizo matar algunas aves y comieron alegremente : despues visitaron su habitacion, que era muy capaz y hermosa. Al pasar por delante de la puerta principal, reparó Palemon que había una inscripcion sobre ella, y le dijo á Armando : ¿ Qué es aquello? pues no traigo los anteojos, lee tú, y sabremos el significado de aquellas letras. Armando, con bastante trabajo, por estar algo borradas, leyó lo siguiente :

Esta herencia, Florival,  
Perdiste por tu locura :  
Llora, insensato, tu mal.

¡ Rara inscripcion ! dijo Palemon al labrador que le acompañaba : hacedme el favor de explicar su sentido. — Con mucho gusto ; pero es una historia bastante larga ; sentémonos, que yo tendré mucha satisfaccion en contárosla. Los muchachos, que se miraron á un tiempo oyendo hablar de una historia, se colocaron al instante á los lados de su padre, y el labrador comenzó su relacion en los términos siguientes :

#### Historia de Juanon y su hijo.

Juanon, á quien por su rusticidad llamaban así, no fué en sus principios mas que un simple jornalero : á fuerza de trabajar llegó á ser arrendador del señor de Mamonville, y se manejó tan bien, que aumentó considerablemente su fortuna. No tenía mas que un hijo de muy tierna edad, en quien fundaba todas sus esperanzas y consuelo, porque era viudo, y lloraba sin cesar la compañera activa é industriosa que le había ayudado á acumular sus bienes. Era sensible, humano, y sobre todo, hombre de probidad ;

pero carecía de instruccion, y esta falta de cultura le hacía aparecer grosero. Como su lenguaje era propio de su crianza, se desesperaba por no haber estudiado, y no ser tan instruido como los muchos señoritos que continuamente veía en el castillo de Mamonville. Voto á tal, decía colérico, que mi hijo no ha de ser como yo ; no por cierto : estudiará, mal que le pese ; y pues que yo soy rico, le tengo de ver en los mejores empleos : á fe mia que no ha de ser tan salvaje como yo ; no, por vida de tantos.

Tales eran los insensatos proyectos de mi predecesor, pues él fué quien me antecedió en la posesion de estas tierras, y el que hizo poner sobre la puerta la inscripcion que habéis visto. Quería elevar á su hijo á una clase superior, y así se preparaba los mayores disgustos. Tenía Juanon en Paris un hermano procurador, y envió á su casa al jóven Nicolas : no hay que reparar en dinero, escribió á su hermano ; enséñale á mi hijo latin, y todas las cosas que pueden hacerle sabio, para que algun dia sea hombre de provecho.

El hermano de Juanon, que era muy vanidoso, recibió muy bien al jóven Nicolas ; pero se guardó de darle el título de sobrino. Le puso en un colegio, le hizo estudiar, y despues le trajo á su mismo despacho en calidad de escribiente. No le llamó sobrino hasta que tuvo diez y ocho años, y le vió mozo gallardo, petimetre y fino, lo que llenó de amor propio al desdichado jóven. Ya no era este Nicolas, sino Mr. de Florival, el cual crecía diariamente en soberbia y presuncion. Muchas veces oía ridiculizar á su padre, tratándole de grosero y estúpido ; y él celebraba con desmesurada risa los dictérios contra un padre que le colmaba de beneficios, pues nada omitía para satisfacer todos los caprichos de su hijo. Desgraciadamente, este buen padre vivía muy léjos de Paris, por cuya razon no podía ir á la corte con frecuencia ; ademas de que ya era anciano, y no tenía el vigor que en otra edad para hacer viajes. Florival, que no cuidaba mucho de ver á su padre, le escribía que la aplicacion á sus estudios no le permitía pasar á su casa, y todas sus cartas terminaban pidiendo dinero : el inocente padre tenía por legítimas estas causas ; le enviaba cuanto le pedia, y suspiraba por el momento de abrazar á este hijo idolatrado.

En tal estado se hallaban las cosas cuando murió el tio de Florival, y su hijo mayor se apoderó de sus negocios : no estaba muy bien quisto Florival con sus primos, por lo cual dejó su compañía y alquiló una casa, con ánimo de continuar el estudio de la juris-

prudencia, y seguir la profesion de abogado : participó este pensamiento á su padre, que lo aprobó muy contento. ¡ Mi hijo, decia, mi hijo abogado! ¡ qué honor para mí! Así es como la vanidad, ó por mejor decir, la ternura con que amaba á su hijo, le disponia para su vejez los mas crueles pesares.

Estaba Florival para recibirse de abogado, cuando vió en el teatro una mujer bellissima, de la que quedó perdidamente enamorado : hizo seguir el coche de aquella señorita á Labrin, su criado, mozo astuto, intrigante, y muy propio para servir á un petimetre; y á poco rato supo que la hermosa dama que le habia embelesado, se llamaba Rosalía, hija del baron de Saint-Chal, hombre de pocas facultades. Al momento concibió Florival la idea de casarse con esta señorita; pues aunque era baronesa, él se supondria tambien hombre de clase, y como era pobre esta señorita, despues de contraido el matrimonio, sabria él aplacar su enojo y el de su noble familia, haciendo ostencion de las grandes riquezas de su padre.

Halló Florival medio para introducirse en casa del baron, á quien deslumbró fácilmente con la finura de su ingenio y de su educacion. El padre de Rosalía era un antiguo militar, mas instruido en el arte de la guerra, que en el conocimiento del mundo y del corazon humano : habia sido herido en mas de veinte batallas, y tantos servicios solo le habian producido una corta pension que apenas era suficiente para mantenerse con su hija, que ya no tenia madre. El baron no se ocupaba sino en presentar memoriales y molestar al ministro de la Guerra para obtener una recompensa digna de sus servicios : la ingratitud del gobierno le indignaba, y sin duda se habria retirado á alguna aldea, á no haberle prometido Florival alcanzarle cuanto solicitaba por medio de su influjo y el de sus amigos : este era el único medio de conmover al anciano, y por eso miraba á nuestro jóven como si fuera hijo suyo. Por lo que hace á Rosalía, no habia podido resistir mucho tiempo á las seductoras expresiones de Florival : correspondia á su ternura suspirando por el feliz momento de su matrimonio, que tambien deseaba con ansia su amante.

Los excesivos gastos de Florival fácilmente persuadieron al baron que era muy rico, y por tanto admitió con bondad la súplica que á poco tiempo le hizo, á fin de que le diese la mano de su hija. Sin embargo, el baron era bastante preocupado, y queria que su yerno fuese noble : no se detuvo en esto Florival, y transformó al buen Juanon en un oficial retirado en su tierra, é impe-

dido de la gota, que no le dejaba descansar ni un momento. Fingió cartas, en las cuales su buen padre le manifestaba el sentimiento que tenia de no poder ir á bailar un minué con su amada nuera en la noche de su boda. Escribia al baron que en favor de matrimonio tan honorifico para su familia, compraria á su hijo una plaza de consejero en el Parlamento : en una palabra, Florival y su criado dispusieron tan bien este enredo, que el padre de Rosalía se convino á todo, y quedó determinado el dia de la boda de los jóvenes. Ya estamos en el pasaje mas interesante de la historia.

De todo esto Florival nada habia participado á su padre, temiendo que por ignorancia, ó por algun otro medio descompusiese sus proyectos : sin embargo, necesitaba mucho dinero para celebrar dignamente su matrimonio. Es necesario que Labrin, su criado y confidente, emplee toda su destreza en esta negociacion; que vaya á ver á Juanon, y le dé parte del casamiento de su hijo con una jóven de alta clase; y para evitar que el viejo escriba ó se ponga en camino, supondrá que la boda ha de hacerse dentro de dos meses, siendo así que debia celebrarse al dia siguiente de la vuelta de Labrin. Verificado el matrimonio, podia Juanon venir cuando quisiera, pues ya no sería temible su presencia, porque Florival habria desengañado á su esposa y suegro, los cuales le perdonarian fácilmente el engaño, á favor de sus grandes bienes.

Tales eran las ideas de Florival y de su confidente; tales sus esperanzas; pero estaba decidido que la ingratitud y mala fe serian castigadas : toda su prevision debia ceder á la justicia divina que iba á perseguirlos y descomponer sus designios.

Juanon no habia visto á su hijo hacia seis años : tranquilo en su casa, ignoraba la intriga de Florival en Paris, y firmemente persuadido de que su hijo se portaba con toda modestia y probidad, quedó absorto al ver presentarse en su casa á uno de sus sobrinos, hijo del procurador en cuya compañía habia estado Florival. Ya he dicho que no se amaban los primos; y este, que estaba instruido de cuantos resortes se valia Florival para casarse con Rosalía, se habia propuesto hacer de modo que en casa del futuro suegro se representase una escena de las mas cómicas. Abrazó pues el sobrino á Juanon, y le dijo que su primo Nicolas se casaba con la hija del baron de Saint-Chal, hombre muy conocido en Paris : se están haciendo los preparativos de la boda, y solo se espera vuestra persona para que todo quede concluido : partid

pues, partid cuanto ántes, pues mi primo me ha encargado mucho que os lo previniera : él mismo hubiera venido, á no haberle ocurrido cierto negocio que le obliga á permanecer en Paris : nada os digo en cuanto al dinero que debéis llevar para un asunto de tanta importancia : bien conocéis el honor que á todos nos resulta de este enlace, y sabréis manejaros con prudencia ; pero lo mas urgente es el viaje, porque vos solo retardáis la felicidad de dos amantes.

Atónito quedó el buen Juanon con esta noticia : no podia concebir que su hijo se casase con la hija de un baron : honor tan grande le enloquecia. El sobrino recargó sobre la prontitud del viaje, y se despidió del tio diciéndole : Mi primo me espera impaciente, porque necesita mi asistencia para mil cosas ; á Dios, amado tio : dentro de cinco ó cuando mas siete dias, espero veros en casa del baron, que vive en la calle de la Universidad, cerca de la de Bac, número 76, y para que no os olvidéis de las señas, os las dejo escritas en este papel.

El maligno primo, hecho esto, partió riéndose de su artificio y de sus consecuencias, que debian ser bien funestas para el orgulloso Florival. Apénas se hubo ausentado, cuando Juanon sacó de su cofre sus mejores vestidos, y luego hizo esta reflexion : El suegro de mi hijo es noble : ¿ pues quién me quita el ennoblecer tambien á mi Colas ? Hace mucho tiempo que estoy juntando dinero para comprarle una hacienda ; la de Mamonville está de venta : se la compraré, y llevaré en el bolsillo la escritura ; callaré como un muerto, y el dia de la boda, á los postres de la comida, se la regalaré á mi nuera, y todos quedarán contentísimos, porque el que sea dueño de esta tierra se hace noble, y así no tendrán motivo alguno para despreciar á mi hijo.

El buen padre compró la hacienda que tenia en arriendo : recogió la escritura, montó en una de sus mulas, cargada ademas de algunos quesos de su país, y se dirigió á la corte. Dejémosle caminar, y volvamos á su hijo que ignoraba la superchería de su mal intencionado primo.

Acercábase el dia determinado para la boda, y solo faltaba enviar á Labrin á visitar á Juanon para concluir el meditado proyecto, cuando un incidente, que sin duda adivináis, suspendió el viaje. La víspera del dia que Labrin habia elegido para ponerse en camino, el baron, su hija y Florival fueron á ver á una tia de Rosalia que vivia algunas leguas distante de Paris. Estaba Labrin en casa del suegro, cuando un buen aldeano, caballero en una

mula cargada de cestas, se presentó á la puerta, y preguntó : — ¿ Vive aquí el baron de Saint-Chal ? — Sí, señor. — Quisiera hablar á Mr. de Florival (sabía este nombre por el primo). — No está en casa. — Sin embargo, necesito hablarle. — Hablad á su criado : le hallaréis allí en el fondo del patio, á la izquierda ; preguntad por Labrin. — Muy bien ; voy á entrar mi mula en el zaguan. Desmontó Juanon, y ató la mula junto á la escalera : pasó adelante, y preguntó por Labrin al mismo que lo era, el cual le dice : ¿ Qué queréis, buen hombre ? — ¿ Florival ? — Ha salido. — ¿ Volverá ? — Sí, pero esta noche.... — Que vuelva cuando quiera ; le esperaré. — ¿ Pues qué tenéis que hacer con él ? — ¡ Bella pregunta ! vengo á hallarme en su boda. — ¿ En su boda ? — Sí, señor : ¿ y qué ? para eso soy su padre. — ¡ Su padre !

Labrin quedó confundido. Afortunadamente se hallaba solo con Juanon : nadie les habia oido : sin embargo, todo quedó descompuesto con esta novedad : ha venido el padre de su amo, aldeano rústico y torpe : ¿ qué hará Labrin ? valerse del último remedio, engañando al anciano para alejarle de aquella casa.

Fingió mucha complacencia de ver al padre de su amo, y le dijo : ¡ Ah, señor ! ¡ con cuánta impaciencia os esperábamos ! ¡ qué alegría para todos ! permitid que os abrace. — Con mucho gusto : mi hijo se quedará aturdido de verme : ¿ no es verdad ? — ¿ Pues no ha de ser ? pero debo deciros que esta no es su casa, sino del señor baron. — Ya estoy. — Mi amo vive en otro barrio : venid conmigo á su habitacion, y estaréis allí como en vuestra misma casa : todas las noches se retira muy tarde : yo no le diré palabra de vuestra llegada, á fin de proporcionaros el gusto de que os encontréis repentinamente : tendréis toda la noche para descansar, y mañana sin duda os presentará mi amo á su nueva familia : esto es mas decente en mi concepto : ¿ qué os parece ? — Yo creo que tienes razon.

Labrin ayudó al anciano á desatar la mula : Juanon la llevó del freno, y siguió al criado, que le hizo atravesar todo Paris para llevarle á la habitacion que ocupaba Florival ántes de conocer al baron, y en la que ya no residia, aunque la conservaba : era en la Estrapada, junto á las aulas ó escuelas del derecho, y se reducia á un cuarto pequeño que se hallaba en el fondo de un jardín : allí llevó Labrin al respetable padre de su señor, y le dijo : Perdonadme si os dejo solo, porque tengo que hacer una diligencia muy importante que me ha encargado mi amo : volveré dentro

de una ó dos horas, y cuidaré de que disfrutéis cuantas comodidades sean posibles.

Fuése Labrin, y Juanon, acosado del hambre y la sed, pasó todo el día sin ver á nadie. Interin estaba solo examinó el viejo los muebles del cuarto, y como hacia bastante tiempo que no se habitaba, estaban cubiertos de polvo, las camas deshechas y todo desordenado : no sabía el buen hombre qué inferir de esto, y su inquietud se aumentaba notando que se acercaba la noche : por fin, se presentó Florival acompañado de Labrin, y el tierno padre olvidó su hambre, su sed y sus fatigas, y se arrojó á los brazos de este hijo tan querido ; pero no vió que estaba pálido é inquieto. Juanon le estrechó contra su corazon, y derramó sobre él algunas lágrimas, dulces afectos de la ternura paternal.

Pero, amigos míos, advierto que sin saber cómo me he extendido demasiado, y la noche que se va acercando me manda que atienda al arreglo de las cosas de mi granja : perdonad que no pueda concluir la historia principiada ; en otra ocasion os referiré lo que resta.

Conociendo Palemon cuán sensible era á sus hijos esta interrupcion, dijo al labrador : Hoy no nos esperabais, y hemos venido á que partieseis con nosotros la comida ; mañana os esperamos en nuestra casa ; procuraremos trataros tan bien como merecéis, y concluiréis la historia, que os aseguro me interesa mucho. Aceptó el labrador el convite y Palemon se volvió á casa con sus hijos.

## TARDE XXV

### EL ARREPENTIMIENTO

Si faltaste á tu deber,  
Si delinquiste obcecado,  
Al punto que hayas logrado  
Tu imprudencia conocer,  
Procura pronto romper  
Del delito la cadena.  
Sírdate solo de pena  
El santo arrepentimiento,  
Ántes que el negro escarmiento  
Te imponga dura condena.

El labrador cumplió su palabra de ir á comer á casa de Palemon, y despues que se hubieron alzado los manteles, continuó la historia de Juanon en la forma que sigue :

Concluye la historia de Juanon y su hijo.

Dejé, amigos míos, á Juanon con su hijo. Lloraba el buen padre, estrechando entre sus brazos al ingrato, y diciéndole : ¿ Eres tú? ¿ eres tú, Colas mio? ¡ qué bizarro, qué alto, qué buen mozo estás! ; eres un vivo retrato de tu madre! — ¡ Padre mio! — ¡ Pero por qué no me vuelves á abrazar? — Con mucho gusto, padre ; pero... — ¿ Qué dices? ¿ qué tienes? — Mucha satisfaccion en veros. — Yo tambien tengo mucho gusto : ya ves que soy hom-